



PUBLICACION QUINCENAL GRATUITA PARA LAS CLASES TRABAJADORAS.

AÑO II.

Orihuela 1.º de Enero de 1884.

NÚMERO 17.

LA CORRESPONDENCIA DEL TIO MATRACA.

CARTA PRIMERA

El tío Matraca á la tía Pepa Romerales

SOBRE SU MATRIMONIO Y EFECTOS CONSIGUIENTES.

Si te casas que te casas
repara bien lo que haces
mira que los güenos mozos
suelen salir muy tunantes.
NAPOLEON.

Mi apreciable tía Pepa: si está V. buena me alegro, yo también lo estoy. Así empezaba Cicerón sus cartas y así debo yo empezarlas para demostrar á V. que no soy manco en esto de poner cuatro letras bien puestas para decir la verdad á todo el que me pregunta los años que tengo.

He recibido su carta llena de lamentos y consultas que procuraré contestar despacito para que no nos enredemos, pero que también contestaré clarito para que nos entendamos.

Se queja V. que desde que se casó no ha tenido un día bueno, primero con el génio de su difunto á quien Dios haya perdonado todo el aguardiente que se bebió de más y todos los días que trabajó de menos y luego con los siete macabeos, es decir, con los siete niños que le han quedado á V. y que le han salido á V. peor que los de Eeija.

Pare V. el carró y vamos por partes.

En primer lugar debo decir á V. que segun mis noticias, su difunto Blas (que de Dios goce y por aquí no vuelva) antes de casarse con V. era ya tan magantón y tan mosquito como después de casado.

Su mala educación, sus malas costumbres y hasta su mal vino, le eran á V. bien conocidos, pero el hombre, era buen mozo y jaqueton, tenía mucha sandunga y mucho *aquel* y V. sin mirar más que *el aquel* y la sandunga y sin hacer caso de los consejos que le daba su madre, se escapó de su casa de la noche á la mañana y se casuyó V. con él de cualquier modo, como si le corriera á V. mucha prisa elempazar á llevar garrotazos y el acabar de comer de caliente. V. se acordará que había un muchacho honrado que se quería casar con V., y V. no quiso casarse con él porque no tenía las patillas negras y ensortijadas como su Blas, ni escupía por el quijal como su Blas, ni se la

echaba de valiente como su Blas, ni iba siempre vestido de pascua con los calzones justos, la faja de seda y las *polseretas* cargadas de mantequilla. ¡Ay tía Pepa! Cuántas veces se habrá V. arrepentido de aquellas tonterías. A poco tiempo de casarse ya vió V. en lo que quedaron las patillas y las *polseretas*; ya vió V. en lo que vinieron á parar las valentías y los calzones justos. Tres calabozadas seguidas aplicadas para curar tres borracheras acabaron con las valentías y con los calzones que de tanto rozarse contra el poyo de la cárcel, se fueron por mala parte, teniendo V. que acudir en su socorro con un remiendo en forma de corazón que daba mil gozos de verlo y que le hizo cantar á sus vecinas de usted aquello de:

Mirad con que disimulo
lleva Blas el pantalón
remendado por el... centro
en forma de corazón.

A V. se la llevaba pateta porque aún tenía V. mucha tierra en la Habana y tomaba V. cada sofoquina que se ponía á morir. Entre tanto Blasillo en vez de trabajar seguía lo mismo que antes visitando las estaciones desde las ocho de la mañana hasta las diez de la noche en que volvía á su casa con las *polseretas* desgredadas y con un caudalazo en vino, que si en vez de traerlo en el estómago y depositarlo en el corral apestando el barrio lo hubiera traído en una damajuana y depositado en una bodega se hace rico en cuatro días.

Tras de esto y para final de fiesta solían venir las pendenias y los garrotazos á cuya luz (porque los garrotazos alumbran mucho) empezó V. á ver lo muy torpe que anduvo con no tomar los consejos de su madre y casarse con un hombre de bien en vez de casarse con un *buen mozo*.

Pero vamos al caso, que esto ya no tiene remedio y si se lo digo á V. no es más que por aquello que dice el refran de « *A tí te lo digo suegra, entiéndelo tu mi nuera*. V. se queja ahora de sus hijos que es la segunda parte del cuento, y por cierto la más lastimosa y si vamos á ver, aquí tiene V. menos razon aún para quejarse que tenía V. respecto del casorio. V. sabe que cuando aún eran pequeños los chicos se murió el tío Blas de resultas de habérsele indigestado una mona y desde entónces quedó V. dueña absoluta de su casa.

¿Qué ha hecho V. desde entónces para educar á sus hijos?

¿Qué ha hecho V. para que no salieran lo mismo que su padre? V. les pegaba una paliza cuando rompían un plato, pero en cambio no les tocaba el pelo de la ropa cuando le rompían la cabeza al hijo del vecino. Al contrario, se congratia V., diciéndoles: *hijo el que te la haga que te la pague*, que era lo mismo que enseñarles el camino de presidio.

V. no enseñó jamás á sus hijos á obedecer que es lo primero que debe enseñarse para educarlos bien, pues es sabido que siendo el primer pecado del hombre la rebeldía y la soberbia, así el primer cimiento de su educación tiene que ser la obediencia y la sujeción.

V. consideraba cosa de poca monta el que hiciesen su santa voluntad y jamás se cuidó V. de quebrarles los gustos, como suele decirse. En no romper mucha ropa, es decir en no hacer travesuras de muchachos que por otra parte eran las mas perdonables como hijas de la edad, ya estaba V. contenta.

V. en su vida se cuidó de que sus hijos fueran á la escuela, ni aprendiesen la doctrina cristiana, ni oyesen un sermón. V. en su vida se cuidó de guardar la lengua especialmente delante de ellos. Si alguna vez tenia V. que reprenderlos lo hacia con cuatro términos que les dejaban escandalizados y por consiguiente peor que antes de la reprensión.

Luego, esta reprensión, generalmente, era siempre inoportuna, como hecha, más para desahogar la rabia que para enseñar y corregir al que la mereciera. Ahora bien: ¿qué quería V. que sucediese después de tanto desatino? ¿Ha visto V. que alguno siembre nabos y coja albaricoques? No, hija de mi alma, no. Cada uno recoge de aquello que siembra, y V. que sembró descuidos, abandonos y mala educación, ha recogido siete macabeos que están acabando con V., y lo que es peor, que van á acabar con los demás que maldita la culpa que tenemos de que V. haya sido una tonta de capirote.

Lo que le resta á V. ahora tía Pepa, es lo que le resta á todo el que ha obrado mal cuando lo que hizo ya no tiene remedio, esto es, callar la boca y en vez de quejarse de su suerte echando la lengua al aire y las culpas á Dios, llevar con paciencia la cruz que V. misma se ha labrado y darle muchas gracias de que le haya dejado ese camino para pagarle lo mucho que le debe. Los remedios violentos hoy ya son ineficaces con unos hijos que le llevan á V. palmo y medio y que tienen la voluntad más torcida que parra vieja.

La única receta que á V. le queda es la de la oración y del buen ejemplo. Modifique V. su carácter, predíqueles V. con su paciencia y con sus buenas obras, ábrales V. el libro de su propio corazón lleno de virtudes y de sacrificios y con pedir á Dios un día y otro día lo que hace muchos años debió V. haberle pedido obtendrá V. eso que se llama su santa gracia, que es la única fuerza que tiene virtud bastante para enderezar los árboles torcidos y curar los males viejos.

Con que lo dicho. Hasta la vista y mandar al tío

Matraca.

EL CORAZON,

Cuando un pobre tiene frío y llega un alma buena y le da una capa, cada vez que el pobre se la pone, no puede menos de acordarse de su bienhechor. Lo mismo sucede cuando se recibe cualquier beneficio. La vista de éste trae á la memoria un recuerdo de gratitud hacia el que lo hizo. Sin embargo hay personas tan ingratas ó tan olvidadizas que bien pronto aprenden á gozar de las dádivas que obtienen de la bondad ajena sin conservar el recuerdo de quien las envió. Así somos todos generalmente para con Dios. Le debemos el alma, el cuerpo, la vida, el aire que respiramos, el agua que bebemos, el pan con que alimentamos á nuestros hijos y sin embargo ó no nos acordamos de él, ó si lo hacemos, es para repetir algunas oraciones, hacer cuatro reverencias delante de un altar y seguir realizando nuestro agosto, es decir, haciendo lo que nos dá gana, sin cuidar para nada de lo que lo tenga ó nó prohibido.

Yo ereo que si de cuando en cuando meditásemos en lo que

valen todas aquellas cosas que Dios nos ha dado, á no ser muy duros de corazón, acabaríamos por amarle de veras cumpliendo al pie de la letra sus leyes saludables.

Pero para meditar en ciertas cosas y llegar á saber lo que valen, es menester conocerlas. A este fin dedicaremos algunos artículos en lenguaje sencillo. Hoy vamos á hablar del corazón.

La vida de todas las partes de nuestro cuerpo se sostiene con sangre. La sangre es un licor precioso del cual van saliendo los materiales necesarios para nutrir desde las uñas de nuestros piés, hasta las puntas de nuestros cabellos. Como es natural, siendo la sangre líquida, para repartirla por todo el cuerpo se necesitaba una especie de bomba, y para eso colocó Dios el corazón en el pecho. Resulta, pues, que el corazón no viene á ser otra cosa que una especie de regadera que con sus golpes ó latidos, empuja la sangre haciéndola llegar á todas partes. Preciso era que un instrumento tal fuese muy fuerte, y Dios le formó de unos músculos resistentes y duros. Preciso era que se moviese por sí solo y que no quedasen sus movimientos á voluntad del hombre, como sucede en las manos y los piés, porque entonces, el desgraciado que se olvidara de mover su corazón se moriría, y Dios hizo que el corazón por sí solo no dejase nunca de moverse, velando mientras dormimos como un fiel centinela de nuestra existencia, y trabajando sin cesar por nuestra vida aun en aquellos momentos en que ciegos corremos nosotros mismos á perderla.

El corazón tiene dos clases de movimientos: uno para llenarse de sangre, y otro para vaciarse. Cuando el corazón se llena, lo hace por unos agujeritos, y cuando se vacía lo hace por otros; y á fin de que la sangre no se salga por donde entró y siga el curso conveniente, colocó Dios unas válvulas ó tapaderitas que la permiten pasar, pero que no la dejan retroceder.

Dispuesta así esta admirable máquina, al funcionar, pone en constante movimiento dos corrientes de sangre: una la que viene de las venas y vá al pulmón, y otra la que vuelve del pulmón y vá, por las arterias, á dar vida á todo el cuerpo.

El riego de nuestro cuerpo guarda cierta relacion con el riego de nuestras huertas. Desde el río vá por las acequias el agua saludable y pura á fertilizar las plantas de los prados; allí, despues de regarlas, se filtra por las tierras y arrastra sus impurezas á las azarbes llamadas de aguas muertas, azarbes que despues conducen estas aguas sucias y salobres otra vez al río, donde el aire y el movimiento las purifica para que sirvan á nuevos riegos.

La sangre pura, despues de vivificar todo nuestro cuerpo, se filtra á través de sus tejidos, y arrastrando sus impurezas, vá á las venas, éstas la conducen al pulmón para que se purifique con el aire que respiramos, y una vez pura, vuelve por las arterias á verificar otro riego. Estas dos corrientes son las que ya hemos dicho impulsa el corazón, recibiendo la sangre viciada que viene por las venas para mandarla de un golpe al pulmón, y recibéndola, despues que vuelve del pulmón vivificada, para mandarla de un golpe á todo el cuerpo por medio de las arterias.

¿Quién no adorará de rodillas al Dios que así cuida de nuestra vida? ¿Quién no admirará su poder al ver sus obras? Si al que nos dá una capa para abrigarnos le debemos estar agradecidos ¿cómo ser ingratos para el que nos dió el corazón! Amémosle en pago de sus beneficios, teniendo presente que amarle es obedecerle.

Si el corazón fuera desobediente al Dios que lo crió, nuestro cuerpo moriría. Lo mismo sucede á nuestra alma que es libre, cuando usando mal de su albedrío, le desobedece. Cumplamos pues las leyes divinas, pues solo en su cumplimiento está la vida y la salud.

LA PIEDRA DEL MAL MIJO

En Castilla la Vieja, no diremos el pueblo, porque aún existen parientes de la familia en que ocurrió el suceso, vivía un pobre anciano en compañía de un hijo único, al que para darle la legítima de su madre hubo de traspasarle la casa y una tiendecilla, únicos bienes que le quedaban. Quedó á merced del hijo y de la nuera, pues el hijo se había casado, no muy á gusto de su padre. Amargo era el pan que comía, pues el genio áspero del hijo y de la nuera ahuyentaban á los parroquianos, y las reyertas domésticas se repetían á cada momento. Muchas veces durante la comida, la nuera echaba en cara al anciano su inutilidad, y ser carga pesada el atender á su subsistencia. En vano el hijo trataba de mediar, luchando entre el amor conyugal y el resto de cariño que aún tenía á su padre.

Inconsolable el padre para restablecer la paz de la familia, resolvió retirarse al Hospicio. El hijo al principio se opuso; pero, siendo débil ante las exigencias de su mujer, convino en ello, y hechas las diligencias el anciano fué admitido en el Hospicio.

Llegado el día fatal, el hijo quiso acompañar á su padre. Caminaban juntos reprimiendo el padre sus lágrimas, taciturno el hijo: cuando el padre fijó la vista en una piedra de granito que estaba en el camino. Entonces prorrumpió en amargos sollozos, dióle un vértigo, y el hijo le sostuvo, y logró sentarle en aquella piedra. El anciano se levantó poco despues, dió un suspiro, miró al cielo, y con voz doliente exclamó:

—Estaba de Dios que así habia de ser...

—¿Porqué estaba de Dios?...—preguntó el hijo...—¿Qué tiene esa piedra que tanto la mira V.?

—¡Ah hijo mio!—replicó el anciano;—en esta piedra estuvo sentado tu abuelo el día que tambien lo traje yo al Hospicio.

¡Horrible revelacion! El hijo retrocedió, y con voz cortada dijo á su padre:

—Es decir que el abuelo...

—Murió en el Hospicio.

—¿Y estuvo sentado en esta piedra?

—Sí; en esa misma piedra, y desde aquel día no he tenido una hora buena y mis asuntos han ido siempre de mal en peor. He llorado mucho, mucho; pero era tardío mi arrepentimiento, y siempre he esperado que tú harías conmigo lo mismo que yo hice con tu abuelo. Dios me castiga justamente; pero nunca creí que habia de sentarme en la misma piedra donde él se sentó.

—¿Es decir que en su día vendré tambien yo á sentarme en esta piedra?

—Hijo,—respondió el anciano mirando al cielo,—Dios solo sabe el porvenir, pero el caso no es igual, tú te has opuesto á que yo saliera de casa.

Y una gruesa lágrima resbaló por las mejillas del pobre padre. Echó á andar resueltamente hácia el Hospicio, cuando el hijo deteniéndole por el brazo, dijo:

—A casa, padre, á casa; no quiero ser el tercero de la familia que se siente en esta piedra.

Y el anciano regresó á casa de su hijo, y éste supo hacerle respetar de su mujer, y la Providencia le recompensó mejorando sus negocios, tanto, que al morir dejó á sus hijos una decente fortuna.

Hace poco tiempo que ha muerto el conde Alberto de Limoges, tan conocido y tan celebrado en el mundo parisiense de las letras y del arte, bajo el pseudonimo de Bertall. Nadie ignora sus avanzadas ideas y por lo mismo nos complace traducir de su última obra, *La comédie de notre temps*, los siguientes párrafos. El testigo es irrecusable.

LOS PIÉS SUCIOS.

Uno de nuestros amigos, pintor de talento, gravemente herido durante la guerra franco-prusiana, nos ha contado esta conmovedora escena:

Erase á fines de Octubre de 1870 y me hallaba en el convento de la Natividad de San German. Eramos cinco en un gran aposento, preparado como para las manos de una madre para recibir á sus hijos heridos. Yo me encontraba tendido, débil por la pérdida de la sangre, el largo insomnio de dos días que habia sufrido y el cansancio del transporte. Ni dormía, ni velaba, pero tenia una vaga percepción de lo que pasaba en derredor mio.

El sol resplandecía á través de los blancos cortinajes tendidos en las altas ventanas, por las que un rayo luminoso venia á traernos un alivio y una esperanza.

Abriose la puerta y vi entrar, andando con mucha dificultad á un cazador de Vienne. Buena figura, moreno, vigoroso, pero con las facciones profundamente descompuestas por el sufrimiento. La primera entra debió pararse á la carrera. Una bala le habia atravesado la espalda y otro herido el brazo derecho.



Una hermana de la caridad, jóven de apenas veinte años le guió á la cama que le habian preparado y le hizo sentar en una silla colocada á su cabecera.

—Amigo mio, le dijo con un acento tan dulce que aún me parece oírle, ved vuestra cama, acostaos porque ante todo necesitareis descanso. El médico vendrá enseguida á curaros.

El cazador permanecía inmóvil: por su frente rodaban gruesas gotas de sudor.

—Dejad que os ayude, dijo ella,

—No, gracias hermana, respondió el soldado.

Y no se movía. ¿Qué pasaba en su alma? Yo le seguia con la mirada sin comprender el motivo de la dolorosa impresión que le agitaba.

Al fin pareció reunir todo su valor.

—Hermana, dijo, hace dos meses que vivo de noche y día en las trincheras, dos meses que no he dormido en una cama! ¿Qué más os puedo decir?... Quisiera... ¿podriais facilitarme un baño de piés?

—Si por cierto, hermano mio, enseguida.

La hermana salió, un suspiro de satisfacción se escapó de los labios del pobre jóven.

Pocos momentos despues la hermana volvió, trayendo con alguna dificultad un barreño lleno de agua tibia, su vapor humedecia aquellas manos cuya delicada silueta veia yo vagamente.

La hermana esperaba inclinándose sobre el herido para ayudarle.



—No, yo os lo suplico, dijo el soldado.

Y con la mano izquierda, única que tenia libre, quiso soltar las presillas de cuero que sujetaban su calzado, sucio de polvo y barro. Por mucho que fuese su ánimo le venció el dolor. Aquel movimiento habia despertado el que sentia en la espalda. Se dobló hacia atras, una palidez mortal cubrió su rostro y quedó como desmayado con la cabeza caída sobre el respaldo de la silla.

La hermana se habia arrodillado delante del herido. Con sus dedos blancos y afilados, que parecian los de una figura desprendida de algun cuadro de Fiesoli, desató las presillas, abrió los pesados zapatos y los descalzó uno tras otro de los piés. Aún me parece verlos, no tenían forma humana, el barro de los campos y el sudor fangoso los habian cubierto de manchas negras, rojizas y pardas de sangre.

Ella cogió piadosamente aquellos piés, los colocó con extrema dulzura en el agua humeante y los frotó, como antiguamente lo hacian las mujeres de la Biblia con los piés polvorosos de los viajeros.

Era una escena tiernísima aquella mujer delicada y pura, envuelta en su largo velo, de rodillas ante el soldado.

Poco á poco revivia en este el sentimiento. Las manos del pobre herido se juntaron.

—¡Oh hermana, dijo con un acento que nunca olvidaré, oh hermana, perdón!

Y las lágrimas brotaron de sus ojos.

Últimamente he vuelto á ver á este hombre ya curado,

—¡Qué buenas y santas criaturas, me ha dicho, las que nos han curado y salvado! Pero os confesaré que nunca he sufrido tanto, ni por la guerra, ni por los prusianos, ni por mis heridas, como cuando me per-

suadí que era necesario enseñar á aquel ángel, arrodillado delante de mí, unos piés horrorosos y negros, capaces de hacer huir un regimiento de hulanos!

Y sin embargo la demagogia francesa arroja de su casto hogar á aquellos ángeles. ¡Desdichada Francia!

VARIEDADES.

LAS POMPITAS.

Con espumas de jabon,
Por un cañuto de caña,
Soplaba un niño con maña
Pompitas desde un balcon.
En la calle un zagalón,
Viéndolas bajar tan bellas,
Presuroso iba á cogellas;
Más al tocarlas su mano,
Tornábanse en aire vano,
Sin quedar ni rastro de ellas.

—¡Zagalón, qué necio eres!
(Dice un quidam) Pues ¿no ves
Lo que indica y lo que es
Ese globo que asir quieres?
Es tipo de los placeres
Por quien los hombres deliran;
Que, cuando léjos se miran,
Cautivan el corazón,
Más se vé que nada son
Cuando, al tocarlos, espiran.

F. Cayetano Fernandez.

LA MURMURACION.

Una mujer se acusaba cierto dia de hallarse demasiado inclinada á la maledicencia. El piadoso confesor la preguntó:

—¿Y esa falta es habitual en V.?

—¡Ay, sí!

—¿Incorre V. en ella cada dia?

—Cada dia, y con frecuencia varias veces en un mismo dia.

En presencia de una confesion tan sincera y tan pronta, S. Felipe Neri, (pues era él) comprendió que en el culpable hábito de aquella cristiana habia más atolondramiento y ligereza que perversidad.

—Hija mia, dijo el Santo á su penitente, su falta es grande, mayor quizá de lo que V. se figura: pero tambien es grande la misericordia de Dios. Por penitencia, hija mia, hé aquí lo que ha de hacer V.: Irá al mercado inmediato, comprará una gallina recién muerta y cubierta todavía de sus plumas; en seguida se encaminará V. hácia las afueras de la capital hasta un punto determinado, dando varios rodeos, y desplumando la gallina, que llevará en sus manos mientras dure el paseo que le impongo. Acabada la carrera, desplumada enteramente la gallina y lista para ponerla en el asador, volverá V. á verme para darme cuenta de su puntualidad en ejecutar mis órdenes, que le doy en nombre de Dios y como ministro suyo.

Imagínese el asombro de la mujer al oír este lenguaje, para ella tan extraño, del santo religioso, incapaz seguramente de una broma, sobre todo en el ejercicio de su santo ministerio.

—Obedeceré, Padre mio, dijo humildemente á pesar de las objeciones que surgían en su espíritu.

Al punto se dirigió al mercado, poco distante de allí; compró una gallina, y al paso que iba caminando, fué desplumándola como se le habia ordenado.

Arrancada la última pluma, volvió á su confesor con un apresuramiento no exento quizá de curiosidad.

—¡Ah! dijo el Santo al volver á ver á su penitente; está bien: ahora vuelva á los lugares que ha recorrido, y pasando por el mismo camino, recoja una á una las plumas de gallina sembradas á su paso.

—¡Eso es imposible, Padre mio, imposible! exclamó la pobre mujer en el colmo de la sorpresa. Dejé caer esas plumas al acaso á lo largo del camino, y el viento ha debido llevárselas al punto en varias direcciones. ¿Cómo quiere V., Padre mio, que yo pueda hallarlas de nuevo? Inútilmente perdería en ello dias enteros.

—Pues bien, hija mia, repuso entonces el buen religioso; pues bien: las maledicencias, las calumnias son como esas plumas que renuncia usted á recoger, una vez que el viento las ha dispersado. Sus mortíferas y funestas palabras han caído en sin número de oídos y corazones, muchos de ellos desconocidos para V. ¿Cuántos de sus oyentes no se habrán resurado á esparcir las por todos lados! Recojalas ahora si puede.

—¡Ah, Padre mio, cuán cierto es eso! dijo la penitente, como alum-

brada por una súbita luz. ¿Cómo es que yo no habia caído en ello? Ruegue V. á Dios por mí, á fin de que me corrija.

—Vaya V., hija mia, y no vuelva á pecar.

EL HOMBRE SIN FÉ.

¡Ay de aquel desventurado
á quien abate la duda,
y en esta existencia ruda
gime siempre atormentado!
Ese mortal desdichado
mientras exista, será
el ave que errante va,
y que jamás se detiene,
sin saber de donde viene,
sin saber á donde irá.

Valentin Marin.

REFLEXION.

Hay lenguas de víboras que no saben sino maldecir, zaherir, criticar, calumniar y denigrar al prójimo; y luego se presentan en el templo con mucha tranquilidad. Si es malo robar el dinero, ¿no será grande pecado robar la honra, que vale más que el dinero? Si no te gusta que te llamen *ladrón*, no lo seas: no robes la honra ajena y la paz de las familias. Si no quieres que te llamen *asesino*, no lo seas: no mates el alma de otro con el escándalo.

CANTARES.

Desde que te has puesto rico
te veo ahito y desganado....
¡Qué bien me sabe mi pan
después de haberlo ganado!

No te cuides de riquezas
ni las envidies jamás;—
El dinero aumenta gustos
Pero aminora la paz.

(Semana Católica.)

LA LECTURA POPULAR.

PUBLICACION CATÓLICA QUINCENAL

GRATUITA PARA LAS CLASES TRABAJADORAS.

CON CENSURA ECLESIASTICA.

Esta publicacion tiene por objeto difundir gratis entre el pueblo la sana lectura moral y religiosa presentándola bajo formas amenas y ligeras para que se propague más facilmente.

La suscripcion se hace por acciones, medias acciones y cuartos de accion.

Cada accion dá derecho á recibir cien ejemplares de cada número, ó sean doscientos periódicos al mes, que el accionista reparte por sí entre sus criados, colonos, operarios, feligreses, etc. ó bien deja su distribucion al arbitrio de esta administracion para que la haga en las aldeas, huertas, caserios, fábricas, establecimientos penales etc. Es pues una verdadera obra de caridad al alcance de todo católico celoso, que tenga interés en contribuir por su parte á contrarrestar la perniciosa influencia que hoy está ejerciendo el periodismo impío y escandaloso entre las clases más pobres, y por tanto más necesitadas de la luz y de la verdad.

PRECIOS DE SUSCRICION DIRECTA.

Una accion.	4 pesetas mensuales.
Media id.	2 " "
Un cuarto id.	1 " "

Por medio de corresponsal 25 cént. de peseta más por accion. Los pagos se harán por trimestres adelantados, y los que se hayan de recibir su paquete fuera de la localidad satisfarán además mensualmente CINCUENTA CÉNTIMOS DE PESETA POR ACCION, POR EL GASTO DE CORREO, ó bien 25 céntimos ó 12 céntimos, respectivamente cuando sea media accion ó un cuarto de accion lo suscritor.

Para América el gasto de correo será doble. Corresponsales en la Península, todas las librerías católicas. En Madrid, Administración de la Semana Católica, Villanueva, 5, bajo. En Cuba, M. Fuentes y Comp., Librería "La Historia," Remedios. La correspondencia á la Direccion de este periódico, calle de Bel- lot, núm. 3.